

Prólogo

Victorio Zamora Martínez desborda su aliento lírico en los oficios humildes. Así canta al pescador, que se pierde en el coraje de las olas y mece el corazón sobre el vaivén sostenido de las estrellas mientras atracan las sirenas en el regazo del agua; al carpintero, piel de melocotón acurrucada en el nido; a la costurera, que lleva la luna en su vestido; al agricultor, que da a luz el milagro de ver cómo se enredan los alegres senderos que surcan nuestra esfera; al jardinero, rama encendida que cambia de color bajo la senda dulce del injerto; al pintor de brocha, que dibuja el aire de la mañana azul.

Se recrea también Victorio Zamora en el transportista, música de acequia y magia del rocío; el apicultor, orden impecable de la lluvia y los sonidos; el camarero, que sirve en pozos de cristal las frías rocas de la ilusión; la cocinera, que gratina el arco iris sobre la fuente; el zapatero, que hace menos dura la soledad del viaje; el relojero, latidos del amor que el aire lleva; el dependiente, que pesca ilusiones en el río; el ama de casa, nieve derretida por el fuego del umbral, jardín de los recuerdos donde reina la verdad; el electri-

cista, que enciende la belleza del camino y que vence a las estrellas y los mares; el albañil, una lágrima fugaz sobre la estela en el borde de la llana; el pastor, que desnuda su voz en el espacio para que madure el espíritu del trigo.

Se emociona, en fin, el poeta con el limpiabotas, donde brilla el betún bajo el sol que despierta la alegría en el vivir de las cosas más sencillas; el maestro, que lleva, al estilo machadiano, las alas plegadas en las páginas del libro; el mecánico, que silba en el tren de la aurora; el torero, que con la ayuda de un trapo conduce el peligro a la deriva; el panadero, levadura infinita donde beben los que sufren, la bondad exquisita; la limpiadora, esencia de los pasillos, océanos que asaltan los caminos; el herrero, que huele el aire de la fragua, donde plantó su amor la madre selva; el fontanero y sus besos de resina que encelan el estaño; el barrero, la angustia del aire sucio que rodea la naranja azulada; el artesano, que busca, enamorado, la arcilla por los suelos.

Victorio Zamora Martínez en este libro que el lector tiene entre las manos, *Titilan las estrellas*, abre su alma a la emoción de lo más sencillo, lo más humilde y desgrana la larga caravana de los versos en busca del amor y la verdad. Un gran poeta, en fin, y un libro extraordinario.

Luis María ANSON
de la Real Academia Española